



Al rezar, Señor, parece que me dirijo a Ti con miedo, como si estuvieses lejos, como si no Te interesaras por los humanos.

Te pido por la paz, y siguen las guerras. Te pido por la lluvia, y la sequía arrecia. Te pido por el fin de la epidemia, y se expande cada día más.

Te pido también por un familiar que no cree, y parece que se aleja todavía más de ti. O por la reconciliación de unos esposos, y están cada vez más peleados.

Por eso, cuando rezo, siento un temor extraño. Parece que olvido que eres Padre, o me siento indigno y lejano de tu Corazón.

Lo sé: cuidas de los lirios del campo y de las aves del cielo. Pero entonces, ¿por qué nuestras oraciones parecen chocar contra un muro de silencio?

En medio de mis dudas, pienso que mi oración está equivocada, porque con ella creo que puedo dominarte y así conseguir todo lo que pido.

Sin embargo, Tú sabes mejor que yo por qué no llega ahora una respuesta, por qué el problema sigue ante mis ojos, por qué mi oración parece no escuchada.

Te pido, entonces, Padre, que me ayudes a rezar como un hijo que Te ama y confía en Ti. Solo entonces podré aceptar todo lo que venga de tu Amor providente.

Algún día, con tu ayuda, comprenderé que muchas veces no he pedido abierto a tus decisiones, y que rezaba casi como si tuvieras obligación de darme lo pedido.

Tú, en cambio, has respondido de otra manera, me has abierto a dones diferentes, me has guiado por un camino que al inicio me pareció difícil, pero luego descubrí que era el mejor para mi vida.

Hoy vuelvo a pedirte tantas cosas, Padre. Pero quiero hacerlo con un corazón más disponible a lo que Tú decidas.

Quiero amarte como eres, libre y misterioso. Y sé que Tú me amas de maneras que no siempre entiendo, pero que son las que mejor me pueden acercar a Ti y a mis hermanos...